

UNA EDUCACIÓN QUE CAMBIE EL MUNDO

María Verdeja Muñiz (O)*

Freire siempre hablaba de la importancia de incluir a los diferentes, comenzando por los más pobres. Desde su perspectiva la primera tarea del educador es ayudar a entender el mundo, a conocer las cosas por su verdadero nombre, a desentrañar una representación de la realidad parcial e interesada. La segunda, ayudar a tomar posición a los educandos, desarrollar en ellos aptitudes y actitudes para participar en la vida social, porque todos somos responsables de lo que pasa en el mundo y entre todos podemos cambiar las cosas.

También encontramos un referente fundamental en los alumnos de **la escuela de Barbiana** y su *Carta a una Maestra* (1967). La educación de los últimos es uno de sus mensajes más importantes. Consiste en pensar una escuela formada por maestros y maestras que se preocupan por todos los estudiantes y por conseguir que todos – sin excepciones – tengan éxito en la escuela y en la vida. En relación con esto, X. Besalú (2002) señala que, frente al discurso de la reproducción, teóricamente defectuoso y estratégicamente paralizador, se alza el discurso de la construcción de conocimiento, una pedagogía como praxis política y ética. Paulo Freire es de los que mejor ha explicado esta posición en obras como: *Pedagogía de la autonomía* (Siglo XXI, Madrid 1997). Recogemos aquí algunas de sus ideas, según Besalú (*Diversidad cultural y educación*. Síntesis, Madrid 2002):

- Enseñar no es transferir conocimiento, sino crear las posibilidades de su construcción, enseñar exige respetar los saberes, la identidad y la autonomía de los educandos y discutir con ellos la razón de sus saberes.
- Enseñar exige saber escuchar y respetar la lectura del mundo de los educandos, porque es la manera correcta de intentar entender el mundo de una forma más crítica. Lo contrario es antidemocrático.
- Enseñar exige conocer que somos seres condicionados, pero no

determinados: el esfuerzo crítico de conocer los obstáculos que dificultan la tarea histórica de cambiar el mundo. Enseñar exige la convicción de que el cambio es posible: no somos sólo objetos de la Historia, sino también sujetos. El futuro es problemático, pero no inexorable.

- Educar exige querer bien a los educandos, porque este trabajo se realiza con personas, lo que demanda un alto nivel de capacitación científica y de responsabilidad ética.

Si como apunta Besalú (p. 242), la historia es posibilidad y es una práctica política, cabe hacerse preguntas como: ¿Qué podemos hacer desde las escuelas? Él nos recuerda que no se trata de inventar nada, sino de recrear la mejor tradición pedagógica, es decir, la que ha tenido siempre claro que para educar hay que conocer a las personas, respetarlas y acogerlas en su diversidad:

La educación intercultural no es más que una educación de calidad para todos. La educación liberadora de Paulo Freire, la educación para los últimos de Lorenzo Milani, la educación cooperativa de Célestin Freinet, la educación democrática de John Dewey y las experiencias de tantos educadores son una fuente de inspiración inagotable de recursos y estrategias, que hay que recrear y adaptar. Conectan con la necesidad de conocimiento práctico de los profesionales, lejos de los tecnicismos y formalismos de determinadas elaboraciones actuales.

En L. Milani y P. Freire encontramos algunas de las mejores tradiciones pedagógicas que muestran el camino a seguir y que pasa por pensar en “*los otros*” y en aquellos estudiantes con más dificultades. Parece ser que hasta la escuela pública se está olvidando de ellos, así como de su propia esencia y del principio de igualdad de oportunidades para que todos se desarrollen desde el punto de vista social, cultural y educativo.

* Profesora asociada de la Universidad de Oviedo.